

Elogio de dos fundadores: Pilar Martín y Hubert de Blanck

Por Orlando Martínez

ASISTIMOS hoy a un verdadero acontecimiento de la cultura cubana, llamado a ocupar un sitio de honor en los fastos de nuestra historia artística: la inauguración de la Sala "Hubert de Blanck" que viene a coronar feliz y adecuadamente una empresa de tanta tradición, de tanto prestigio y de tanta eficacia como es la del Conservatorio Nacional de Música de La Habana.

Yo estoy aquí, en este momento, hablando en nombre del cariño y de la admiración, pero también en nombre del juicio histórico. No he venido a encomiar lo que amo sino a valorar lo que desde hace muy largos años es una conquista de nuestra cultura. Por eso no puedo ahora poner el corazón a un lado —si es que realmente puedo— y ponderar este instante magífico sin sanas pasiones de alumno de ayer ni de profesor y colaborador de hoy, porque el Conservatorio Nacional de Música de La Habana no es sólo la hermosa quimera que un día adornara la frente de un joven artista holandés de veintisiete años de edad llamado Hubert de Blanck, sino que es también una realidad tangible: es un monumento que su espíritu forjó y después el talento y la decisión plasmaron en piedra dura; es una verdad sostenida a lo largo de nuestra historia; es toda una obra de fe, de esfuerzo de trabajo y de sinceridad a través de tres generaciones unidas entre sí por el amor y por la sané, pues el apellido Blanck es símbolo de una dinastía del talento, de la bondad y del esfuerzo propio, sin haber acudido jamás a debilidades mundanas de ninguna especie; sin transacciones de cultura; sin desvíos de la conciencia. Aquí se ha escogido siempre el camino más difícil, pero a la larga el más provechoso: el de la honradez profesional.

Por todo esto la Sala "Hubert de Blanck" no es una vanidad social ni un simple negocio proyectado, sino el producto lógico de una empresa que, iniciada hace exactamente setenta años, ha tenido un proceso de superación constante y de noble afán de estar al día. La Sala "Hubert de Blanck" ha llegado por sus propios pesos a través de una especie de predestinación histórica, cuyas raíces espirituales, intelectuales y hasta sociológicas se remontan a los últimos lustros de nuestro siglo XIX, el siglo de oro de la cultura cubana.

Cuando Hubert de Blanck pisó esta tierra por vez primera, en 1883, en simple plan de visitante que ofrece algunos conciertos en que se gana la admiración y el aplauso de los grandes artistas y escritores nabaneros, el país se encontraba en una situación bastante favorable para tales manifestaciones del espíritu. Los cubanos vivían el desencanto de la Guerra Chiquita, después de la decepción peor de la Guerra Grande que había consumido toda una década y millares de vida, algunas de ellas tan especialmente valiosas como la de Ignacio Agramonte. El ideal independentista se encontraba un poco anestesiado en espera del verbo mesiánico y de la pasión desbordada de José Martí, quien ya tenía mostrados su genio y su ruta apostólica a despecho de sus treinta años de vida.

De algunos brotes revolucionarios aislados se tenían noticias, a veces, como la pretendida invasión a Cuba desde los Estados Unidos por Ramón Leocadio Bonachea, en aquel propio año de 1883. Pero la tónica general del pueblo, de la sociedad cubana y de los revolucionarios era el desencanto, la espera de tiempos mejores. Personalidades tan aguerridas como el general Calixto García se habían retirado a la tranquilidad del hogar y de empresas que nada tenían de bélicas.

Hubert de Blanck, pues, logró atraer la atención de los hombres más prominentes del país en un momento en que era muy necesario oír voces de consuelo como la suya. Y aquel clima de sosiego y aquel paisaje tropical le robaron el corazón; el corazón que ya había dado a Cuba en tierras del Norte al casarse con Ana Menoçal, perteneciente a una distinguida familia de nuestro pueblo.

Dos años después, en 1885, la situación política cubana no presenta panoramas nuevos. El inútil sacrificio de la vida de Limbano Sánchez, en Oriente, no modificó la realidad del momento. Faltaban aún diez años para la tragedia de Dos Ríos y Cuba seguía ansiando la paz, convencida de su impotencia frente al opresor.

La oportunidad no podía ser más propicia para darse a la tarea de organizar en La Habana un centro de cultura capaz de poner al cubano en contacto íntimo con las más altas manifestaciones musicales. En ese sentido no habían escaseado esfuerzos anteriores desde los días va entonces le-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

HUBERT DE BLANCK

El maestro ha caído para siempre.

Una enfermedad larga y cruel, menos piadosa que la muerte misma, fué venciendo aquella naturaleza robusta oscureciendo hoy su mente y mañana entorpeciendo sus movimientos, hasta apagar su vida por completo.

Deja el maestro Blanck, al morir, una estela de sinceros afectos y como hermoso legado a sus discípulos, el valioso tesoro de su arte.

Blanck puede ser considerado bajo tres aspectos: pianista, compositor y maestro. Si en los dos primeros obtuvo señalados triunfos, podemos asegurar que como Maestro, alcanzó los mayores honores y gloria.

Recibió Blanck las primeras nociones de música de su señor padre, pasando más tarde al Conservatorio de Lieja, donde ampliando sus conocimientos, fué desarrollando sus extraordinarias facultades artísticas, que le permitieron efectuar su primera "tourné" a los 17 años.

Comienza entonces la carrera pianística del Maestro, tocando ante el Emperador de Alemania, recibiendo de manos del Monarca una valiosísima sortija.

Da con gran éxito, una serie de conciertos en las más importantes ciudades de Sur América, pasando a New York donde obtuvo, por oposición, un puesto de profesor en el "College of Music".

En 1882 nos visita, y tal parece que esta tierra hospitalaria, le brindó toda la dulzura de su suelo, pues desde ese momento una idea germinó en el cerebro del Maestro: establecerse en nuestro país.

Su plan fué llevado a cabo y en 1885 se inauguraba bajo su dirección, el primer conservatorio de música, donde por más de cuarenta años fué el mentor artístico de los más altos valores musicales de Cuba.

Tan notorios fueron los éxitos alcanzados desde el principio, que se consideró su institución como algo genuinamente cubano, y el diputado, Sr. Rafael Montoro, en la Cámara consiguió una subvención por los beneficios que prestaba el gran conservatorio a la cultura musical.

Pero no sólo ofrece a nuestra patria todo su saber, sino que en momentos de ansiedad y lucha por la libertad, forma parte de la Junta Revolucionaria y sacrifica hogar, familia y posición por la noble causa.

Sufre prisión y es desterrado, volviendo a Cuba al saberla independiente. Abre de nuevo su conservatorio, que llamó "Nacional", y don-

miembro de honor distinguidísimo. He aquí, en síntesis, lo que significa para nuestro mundo musical, la figura inolvidable del Maestro Hubert de Blanck, cuya muerte ha conmovido hondamente a la Sociedad cubana.

Pro-Arte Musical rinde homenaje de devoción y respeto a la memoria del ilustre desaparecido y expresa por este medio su sincera condolencia a su viuda, Sra. Pilar M. de Blanck e hijos, a cuyo dolor se asocia sinceramente.

de con el mismo entusiasmo de días mejores, reanuda su obra interrumpida, de enseñanza. Blanck fué un factor importantísimo en el desarrollo de la música en Cuba. Su labor pedagógica es admirable; toma parte como solista en conciertos; escribe óperas, obras para piano, violín, canto, cuartetos, etc.

Por la "Sala Espadero" de su Conservatorio desfilaron artistas de positivo mérito, siendo precisamente en esa sala, donde se efectuaron los primeros conciertos de la Sociedad Pro-Arte Musical.

Toda obra de arte tuvo en Blanck un colaborador, acogiendo con verdadero entusiasmo la fundación de nuestra Sociedad, de la que fué

Pro Arte Musical - Nov. dic - 1932

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

janos de los albores del siglo, en que se hicieron notar los nombres de Carlos Rischer y de Juan Paris hasta llegar después a la figura resplandeciente de Juan Federico Edelmann, el más notable precursor de la pedagogía musical en nuestro país, y a las interesantes personalidades de Rafael Salcedo, en Santiago de Cuba, y de Juan Montagú, en Pinar del Río.

Pero —como he dicho alguna vez— Blanck tuvo la visión panorámica, el sentido histórico, la garra creadora que faltó a sus predecesores. Soñó, ansió y padeció, pero salió vencedor. Y el jueves 1.º de octubre de aquel año de 1885, en la calle de Prado, número 100, se inauguró el Conservatorio de Música de La Habana. Aquel día el arte en Cuba, en el continente, ganó una de sus causas más hermosas, más útiles y más fecundas. Desde ese momento trascendental la intrucción de la música dejaba de ser entre nosotros un simple adorno hogareño para convertirse en un elemento vivo de cultura disciplinada.

Corrían tiempos en que las altas manifestaciones espirituales constituían en Cuba un privilegio de minorías. Funcionaban, es cierto, algunas sociedades muy ilustres, pero la cultura carecía de alientos populares y la música no era una excepción; le hacía falta un verdadero acercamiento al pueblo. Blanck fue el pedagogo inspirado que se echó sobre los hombros esa tarea, que le abrió para siempre las puertas de la fama.

De esa manera impuso los métodos de enseñanza más avanzados en su época; escribió obras didácticas y por vez primera en nuestro país organizó concursos y conciertos de alumnos. Después llevó sus enseñanzas a toda la Isla a través de numerosísimas incorporaciones al Conservatorio de La Habana y creó la famosa Sala "Es-

padero", antecesora directa de esta Sala "Hubert de Blanck", por la que desfilaron algunos artistas de renombre universal y donde inició sus actividades la benemérita Sociedad "Pro-Arte Musical", pues el maestro, con su gran entendimiento de fundador y animador, acogió como suyo el alto ideal de aquel recio talento, de aquella mujer excepcional que se llamó María Teresa García Montes de Giberga, quien había sido discípula aventajada suya.

Por tales motivos —y por otros muchos que sería prolijo enumerar ahora— Hubert de Blanck es todo un hallazgo histórico de trascendencia permanente. Nuestra patria le debe inspiración, obra y sacrificio, pues bueno será recordar que tan pronto se despejó el panorama político de Cuba; esto es, cuando al fin de la voluntad y el genio de un ser predestinado hicieron cambiar el futuro de la nación, Blanck se entregó con ardor a la causa revolucionaria y cedió a Martí su emoción de cubano adoptivo, su prestigio de artista y el bienestar de su hogar, sufriendo prisión y destierro.

Y para que nada faltara en la grandeza de carácter y en la visión de aquel hombre iluminado, Hubert de Blanck tuvo la inteligencia de saber compartir y transmitir la responsabilidad que él

mismo se impuso como adorno permanente de su vida. Fue un fundador y un creador en toda la extensión de la palabra, pero también supo elegir caracteres para que le acompañaran y le continuaran. Fue así que tuvo el acierto de llevar a su lado, entre otros muchos, a Rafaela Serrano, a Arcadio Menocal y a José Molina Torres, tres grandes mentalidades, tres espíritus generosos, en quienes el maestro siempre puso —y no se equivocó— toda su confianza personal y artística.

Pero hubo más. En la vida de todo hombre hace falta la luz orientadora de una sonrisa de mujer, y con mayores motivos si ese hombre ha venido al mundo con una mente privilegiada y con toda una voluntad para ponerlas al servicio de ideas altas y de empresas magníficas. Hubert de Blanck tuvo también esa inspiración; tuvo el privilegio de espigar con mano segura, nada menos que dos veces, en el campo de sus devociones más íntimas. Le dió a Cuba una de sus mejores y más útiles instituciones, pero le dió también dos hogares, y de los dones que en ellos obtuvo —comprensión, respeto, estímulo, amor verdadero y completo— derivó las fuerzas necesarias, que no fueron bocas, para enfrentarse a la hostilidad del medio ambiente. Y así, venciendo tempestades de envidias, de incomprendiones y de ingraticudes, pudo llevar a puerto seguro la hermosa nave de su ideal.

Fue en su segundo hogar, precisamente, donde Hubert de Blanck encontró su más largo apoyo. Un día, en la vieja casona del Conservatorio, se fijó en los ojos vivarachos de una adolescente que era alumna suya, y allí quedó decidido su destino. La desaparición de Anita, la esposa dulce, la había dejado huérfano de ternuras y quiso volver a tener junto a él calor de compañera, inteligencia de colaboradora, cariño de nuevos hijos. Así se ganó para siempre un corazón que sólo vivió, desde entonces, en trance de entrega absoluta a él. Es el mejor elogio que puede hacerse, porque ya ella tenía ganada esa calidad superior, esa condición angelical que me hizo llamarla, a los pocos días de su muerte, "un milagro hecho mujer".

Y por haber sido quien fue para Hubert de Blanck, y para su obra; por haber sido lo que fue para su hogar, para sus hijos; por haber sido quien fue para todo aquel que se le acercó directa o indirectamente es que Pilar Martín está hoy con nosotros porque nunca ha dejado de estarlo, y quien crea que se ha ido porque no la ve se equivoca. No hay rincón de esta casa en que no se escuche la armonía de su voz o se sienta la levedad de su andar, porque los que no podemos resignarnos al dolor lacerante de su ausencia tenemos que crearnos la ilusión inspiradora de su presencia. Además, no hay un sólo profesor, ni un alumno, ni un colaborador ni un amigo de esta institución que no la lleve en el alma, porque de ella como de muy pocas personas, se pueden decir las palabras definidoras del poeta:

9

3

"Era llena de gracia como el
(Avermaría;
quien la vió no la pudo ya jamás
(olvidar"

Con aquel entusiasmo que siempre la animaba para todas las cosas buenas, grandes y bellas —el entusiasmo sereno, pausado, digamos, que le quedaba después de la terrible desaparición de su hijo Ernesto —, Pilar jugaba en su mente, como una colegiala, con la idea de la inauguración de esta Sala. Unos meses más y la hubiera visto concluida. Dios tendría sus motivos para quitárnosla a destiempo. Nosotros todos también tenemos los nuestros para sentirla cerca para llevarla por dentro, no sólo en la inauguración de esta Sala, sino en cada jornada de trabajo, en cada minuto consumido a la sombra del ideal que un día animó a Hubert de Blanck a levantar las paredes de este templo.

Yo le supe a Pilar Martín muchas confidencias hermosas, que quizás alguna vez contaré con reposo. Lo que no quiero dejar de subrayar ahora — porque a veces creo que se ha insistido poco en eso— es el coraje, la decisión y el aplomo con que ella supo mantener abierto este Conservatorio Nacional de Música de La Habana en los tiempos borrascosos en que la política y la situación económica tenían al país sumido en un caos; en tiempos en que el maestro ya no contaba y en los que, por lo mismo, Pilar no podía acudir a él en demanda de consejos sabios. Fueron años muy duros para ella, agravados por la muerte del compañero. Pero nunca la ví rebelde, sino resignada; la recuerdo triste, pero en pie, como quien sabe que tiene una misión que cumplir y se entrega a ella con ardor sin una sola fatiga, sin un solo gesto airado; con muchas lágrimas, sí, pero haciendo de ellas motivos nuevos de inspiración.

Es difícil precisar de qué parte hubo más fuerza, más heroísmo, más amor; si cuando Hubert de Blanck creó su Conservatorio contra viento y marea o cuando Pilar le tomó las riendas. Pero sé que para que ella hubiera podido hacer lo que hizo se embriagó con recuerdos muy grandes, muy puros, muy elevados, porque de sus recuerdos tuvo que vivir muchas veces para resistir las penalidades de la dura jornada.

Yo he conocido muy pocas devociones tan hondas y tan firmes como la que Pilar Martín guardó siempre a Hubert de Blanck. Y esa devoción la palpamos aquí en estos momentos, porque gracias a

ella, y quizás por ella, estamos ahora inaugurando esta Sala.

Con aquel entendimiento de la supervivencia del alma, que era en él una convicción profunda, Martí aseguraba que "la muerte es una forma oculta de la vida" y que "los muertos no son más que semilla, y morir bien es el único modo seguro de continuar viviendo". Es toda una filosofía, y para comprobarla basta con que nos acordemos de cuánto se amaron Blanck y Pilar desde la vida y desde la muerte y cuánto son ellos capaces de sugerirnos desde esa eterna lejanía en que los dos han vuelto a entrelazar sus manos.

1000157

Pero ya dije que el apellido Blanck califica a toda una dinastía de gente esforzada, talentosa y bondadosa. Es necesario, sin embargo, observar que si estas virtudes fueron transmitidas por vías de la naturaleza, en la familia Blanck la responsabilidad nunca ha sido una herencia recibida sino un deber compartirlo. Varios años antes de desaparecer Hubert de Blanck, ya Pilar Martín regía los destinos del hogar y del Conservatorio; el maestro pudo descansar su gloria y marcharse sereno, pues sabía que toda su obra, la de la familia y la del arte, estaba en buenas manos. Años después la hermosa historia se reproduce, y antes de que Pilar Martín se nos fuera imprevistamente ya había delegado las labores principales de la institución en su hija Olga de Blanck.

Yo no sabría decir en cuál de los dos momentos hubo más belleza; si cuando el maestro señaló el camino a la compañera excepcional o si en aquel otro, cuando la madre repitió el gesto ante la hija. Pilar adquirió su responsabilidad a través del corazón: Olga la ganó por la sangre. Pilar hizo suyo lo que aprendió a amar desde niña; Olga vino al mundo cuando ya hacía mucho tiempo que dos inteligencias, dos cariños y dos voluntades marchaban unidos para siempre en una misma causa de amor, de fe y de arte.

Olga de Blanck, pues, nació predestinada para la tarea a que ha consagrado su vida. Por razones de viejos y muy hondos cariños y por mi posición dentro del Conservatorio Nacional de Música de La Habana, a mí me falta distancia para elogiar a Olga, pero nada me impide definirla. Por eso puedo decir, y lo digo con vanidad de hermano en ideales, que del padre admirable trajo la energía, la voluntad, el dinamismo, la firmeza de carácter, y de la madre maravillosa trajo la sensibilidad, la modestia, la bondad, el calor humano.

A propósito de esto hoy quiero recordar algo que nunca he contado. En una de mis constantes conversaciones con Pilar de Blanck, allá en la intimidad acogedora de su hogar —donde aprendí con ella tantas cosas bellas referentes al maestro; donde tantas veces la ví evocar emocionada sus días felices junto a él —le celebraba yo la nueva organización y y moderno sentido funcional que Olga había logrado imprimir al Conservatorio. Recuerdo muy bien el momento: con los ojos húmedos y con un sano orgullo de madre reflejado en el rostro, Pilar me contestó esta frase magnífica, rectamente descriptiva: "¡Es hija de su padre!"... Y tenía razón.

La labor que desde hace años viene realizando el Conservatorio Nacional de Música de La Habana ante el impulso arrollador de su actual directora, tiene —aparte de su faceta artística —un hondo sentido humano que la hace más noble y hermosa todavía. Olga de Blanck ha trabajado siempre, en estos quince años que lleva dentro de la institución con el único


PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

9

4

1000158

deseo, con el único afán de honrar la memoria de quien fue su padre y su maestro. Nada quiere para ella; ni siquiera estas palabras que le estoy dedicando ahora. Todo lo hace por él y para él.

Yo quiero significar que esa misma fue la misión que se impuso Pilar Martín, quien jamás pensó en sí misma para poder pensar únicamente en quien también había sido su maestro y después fue el rector de su hogar. Dignificar el recuerdo de Blanck; honrar su memoria en todas las formas posibles fue, si cabe, el único consuelo que tuvo Pilar desde aquel día terrible en que al perder al compañero admirado y amado creyó que ella misma perdería la vida.

Honrar la memoria de Blanck y dignificar su recuerdo ha sido también la única aspiración de Olga. Sin embargo hay algo aquí que diferencia en cierto modo la ruta espiritual de la madre de la ruta espiritual de la hija. Pilar actuó por amor directo, por experiencias vividas, por verdades comprobadas Olga lo ha hecho y lo sigue haciendo por una emoción filial que llegó a su conciencia cuando ya su padre se había marchado para siempre. Pilar tuvo la dicha de conocer por sí misma la grandeza del maestro; Olga ha tenido que descubrirla casi por cuenta propia pues era prácticamente una niña cuando él desapareció. En una palabra: Pilar se entregó al ideal y al recuerdo de Blanck por convicción; Olga lo ha hecho por devoción. Esto la eleva doblemente y le da una categoría superior que es necesario admirar por separado en cada momento.

Ahora Olga de Blanck ha ganado un nuevo estímulo para continuar su lucha, en la misma forma que una vez a Pilar le tocó ganar el suyo. Ya sé que es un aliciente penoso, pero hacer de cada dolor un incentivo es una manera muy bella de sobrellevar el dolor; es la única forma posible de lograr que el dolor adquiera un sentido de adorno en la vida del espíritu.

Si Olga ha venido trabajando por años, sin descanso, por la memoria de su ilustre progenitor, el maestro Hubert de Blanck, ahí tiene por delante años nuevos de esfuerzos para ofrendarlos a la memoria de Pilar. Ayer, por el padre; hoy, por el padre y por la madre, que es como decir por la vida entera. No pretendo que esto sea un consuelo absoluto para ella, pero me parece que a muy pocos seres les es dado hallar motivos de inspiración tan hermosos y tan puros para llevar una obra, una institución y todo el prestigio de un apellido ilustre a una superación que no admite límites.

Aquí está la Sala "Hubert de Blanck" para demostrarlo. Tras las lágrimas primeras ante la sorpresa de la caída incomprensible de Pilar, han llegado las lágrimas permanentes del recuerdo reposado, de la constante evocación serena, que no se lleva fuerzas sino que las da. Por eso aquí tenemos esta Sala que ha sido levantada a golpes de tres corazones generosos: el de Blanck, que la soñó y la hizo con otro nombre; el de Pilar, que le conservó el frescor de sus glorias, y el de Ol-

ga, que ahora nos la ofrece envuelta en otro ropaje distinto y la deja en nuestras manos para que hagamos con ella lo que nos señale nuestra conciencia, nuestro deber y nuestro amor. Como se ve, esta Sala "Hubert de Blanck" no es nueva; nuevas son su forma, su ubicación y su denominación, pero hace años que existe. La Sala "Hubert de Blanck" se inaugura hoy, pero ya tiene pasado; un pasado muy bello, colmado de toda una tradición de arte y de trabajo que le aporta verdadera jerarquía histórica.

Compañeros y amigos del Conservatorio Nacional de Música de La Habana: En este momento solemne en que iniciamos un nuevo capítulo del desarrollo artístico de Cuba, me parece ver en alguna parte de este recinto una sonrisa inolvidable de mujer, animándonos, dándonos alientos para la gran tarea que tenemos por delante. Y siento dentro de mí que en la mirada, serena y viva a la vez, que acompaña a esa sonrisa, se nos pide recuerdo y admiración imperecederos para el maestro, y gratitud y aplauso compenetración y ayuda para su hija.

Yo quisiera que a partir de este instante preciso esa mirada y esa sonrisa de una mujer angelical— a quien no olvidará jamás —que percibo ahora tan cerca de mí, tan dentro de mí, vinieran a ser como los emblemas magníficos de fe y de amor de cada alumno, de cada profesor, de cada colaborador de este Conservatorio Nacional de Música de La Habana, para que muy juntos a la admiración y a la devoción obligada a nuestra Olga de Blanck, todos nosotros, sin una sola excepción, los que estamos en esta casa como en la propia, le ganemos a la cultura de Cuba las batallas espirituales más hermosas, y así, victoriosos, con la frente erguida y con el corazón de rodillas, ir al santuario de nuestros recuerdos eternos y colocar banderas de triunfo a los pies de la memoria sagrada de Blanck y de Pilar...

DM, en 15/56